

Neurología.

En la noche del viernes 12 del corriente espiró D. José María Cruz en los brazos de una familia virtuosa y desgraciada que ha estado sosteniendo de doce años á esta parte. Si aun las personas indiferentes no han podido saber la prematura muerte de este jóven apreciable sin sentimiento ¿cuán grande no nos habrá cabido en ella á los que, habiendo tratado y estimado alrecien fallecido, hemos podido apreciar sus talentos, su aplicación y mas que todo las grandes virtudes de que su alma estaba adornada? Vamos, sin embargo en medio de nuestro dolor á dar una sucinta noticia de la vida artística de este malhadado amigo.

Nació en Toledo por setiembre del año 1804, de una familia honrada pero de fortuna escasamente mediana. Aun ésta pequeña fortuna fué sacrificada en la guerra de la independencia por el patriotismo del padre, de modo que no le quedaron á este los medios suficientes para atender con la estension que hubiera deseado á la educación de sus hijos. La que recibió el que hoy lloramos, sin embargo, no dejó de ser bastante esmerada habiendo aprendido, ademas de ciertos conocimientos y principios de sana moral que solo un padre puede comunicar, el latin, dos años de filosofía, uno de economía política, dos ó tres de matemáticas, dibujo y lenguas francesa é italiana. Ya solo le faltaba un año para concluir la carrera de caminos y canales que habia adoptado cuando llega el 23, ciérrase la escuela y se encuentra cortado en su carrera; y lo que es peor, sin los medios necesarios para esperar ó emprender otra. Entonces se vió obligado á sacar partido de los conocimientos que tenia en música, aun escasos como que éste habia sido para él un arte de puro recreo, y en el que se puede decir no tuvo maestro alguno. Procuró pues aumentarlos á fuerza de aplicación y ayudado de los consejos de un buen amigo, que habia educado artísticamente á su

TOMO III.

misma hermana, idolatrada ya por el público filarmónico de Madrid como el genio del canto y sensibilidad bajo la forma de una niña tan graciosa como modesta. La práctica unida á su perseverancia en el estudio le fueron grangeando una reputación, y de consiguiente muchas y buenas relaciones á lo que tambien contribuian sus modales finos y amables, su carácter siempre compuesto, igual, moderado, en fin, sus bellísimos dotes morales. Progresando siempre llegó á formarse un caudal de conocimientos nada comunes, sobre todo en el género italiano que habia cultivado con particularidad, en el uso y efectos de las voces, en el buen gusto del canto y en el modo de enseñarle. Su mano escesivamente pequeña no le permitía hacer en el piáno aquellos pasos que tanto gustan á los que *miran* tocar, pero en cambio acompañaba con mucha inteligencia y sin dejar nunca que desear en los pasos de ejecución. Empezaba tambien á ejercitarse en escribir y hemos visto algunos de sus ensayos de música vocal bastante felices, en especial dos duettinos, un gran coro, seis Romanzas y una aria de bajo con acompañamiento de piano obligado. Pero vengamos á la flor eclipsadora de su guirnalda. Digamos por la imprenta con orgullo, que hemos visto y tratado en el año 36 del siglo XIX un hombre que ganando con su trabajo de 26 á 30.000 rs. anuales ha llegado á la edad de 31 años y medio sin dejar una sola vez de entregar íntegro el fruto de sus sudores á su padre, recibiendo en seguida de mano de éste una cortísima cantidad para sus gastos particulares. Hombre que amaba á su segunda madre como absolutamente propia, á sus segundos hermanos como si otros no hubiese conocido, y en fin, que constituido en verdadero padre de todos, apartó siempre de sí la idea del matrimonio por no separarse de familia tan querida. Virtudes de esta especie, oscuras y modestas, son tan raras en el día que bien merecen la publicidad y el sincero homenaje que á la par de su desconsolada familia les tributamos con nuestras lágrimas.

S. DE M.

BELLAS ARTES.

Biografía.

PEDRO PABLO RUBENS.

Fue uno de los grandes pintores de la escuela flamenca, uno de los que mas llamaron la atencion del mundo artistico por la rara mezcla de buenas cualidades y defectos, uno de aquellos cuyo nombre ha sufrido mas frecuentemente los caprichos de la moda; unas veces deprimido con una especie de furor, y ensalzado otras muy superiormente al mérito real de sus obras: en fin, un pintor original de mucha importancia que en el dia disfruta de la mayor celebridad. No se quien pueda oponérsele con razon, fuera de Rafael, no tratándose aqui de Miguel Angel, el Dante de la pintura. Los artistas, los que no pueden militar sino bajo una bandera espresa, se han dividido entre estos dos gefes, Rafael Sancio, de Urbino, pintor del cielo, y Pedro Pablo Rubens, de Colonia, pintor de la calle: puede decirse que estos en el dia son los dos númenes que mas invoca el genio del artista.

La rehabilitacion del ascendiente de Rubens se debe al género llamado romántico; y en efecto sus cualidades debian seducir necesariamente á la juventud francesa cansada de la árida anatomía de David, de su composicion fria y sistemática, y su colorido parco y marchito. Cuando hay revolucion hay lucha y la moderacion se olvida. Se alabó á Rubens, se le popularizó, se le celebró, y lo que fue mejor todavia, se le copió sin vergüenza. Cada cual se dió á copiar á un autor como era Rubens, el mas individual y menos cuidadoso de las reglas, ó para evitar la reconvencion de plagio, cada uno le ecsageró á porfia.

Los pusilánimes no estuvieron por esta inaugu-

racion del representante de la escuela flamenca, no cesando de repetir que gefe por gefe, valia mas elegir á Vandyck, el discípulo de Rubens; pero los inovadores, aunque no negando la gloria á éste, se atuvieron al primero, porque Vandyck, superior á Rubens en los retratos, no le igualó jamás en el fuego y entusiasmo de sus composiciones: esto es incontestable. Pero prescindiendo de que aun está por decidirse que grado de aprecio debe merecer en pintura este mérito de la composicion, es preciso tambien confesar que no hay cosa menos perfecta que aquellos cuadros en que el pintor de Colonia brilla mas, en opinion de sus admiradores, por su talento en manifestar sus personajes y desarrollar el drama. Todo en ellos se sacrifica al efecto: se echa de ver una intencion decidida de deslumbrar á toda costa, sin perdonar ni aun á la verdad, de modo que en muchos de los lienzos que nos han encantado á primera vista, al querer estudiarlos atentamente, nos sorprende hallarlos llenos de mil defectos é incoherencias, y sobre todo de una fatigosa confusion: figuras caidas sin gusto, piernas debajo de brazos, brazos entre piernas, pies colocados sobre cabezas, como á manera de penachos, cabezas en actitudes risibles, y cuerpos en posiciones imposibles. Todos los lienzos en que Rubens ha pintado combates prueban esta observacion; pero, ¡qué númen! repiten, ¡qué vivo y pintoresco modo de presentar las cosas! Este hombre divino posee el secreto de lo imprevisto y terrible: cuando es terrible atemoriza como Esquilo, y es grande como él. Nadie disputará al pintor flamenco estas brillantes ventajas sin injusticia; pero puede responderse que tiene tambien los vicios de estas buenas prendas; así es que á fuerza de espantar disgusta, es firme y raya en duro, fogoso hasta el movimiento falso, y que su dibujo está siempre espuesto á faltar á la esactitud y precision, y que con tal que su color brille, queda contento y descuida las formas. Las que él afecta mas repelen la vista por el modo con que las presenta, y no se elevan á la elegancia por desdeñarse de la correccion. Nada ignoraba sin duda Rubens de cuanto debe saber un pintor distinguido; mas la espantosa fecundidad á que se habia condenado, y otros motivos acaso que no nos sea facil

adivinar, fueron causa de que se hubiese creado él un método peculiar, un molde, un *chic*, como dicen los franceses. Este suele ser la llaga del arte, y tiene el privilegio de desagradar mucho mas en este pintor que en otro alguno, sin duda porque el sello principal del talento de Rubens es la fuerza; y es de creer que si fuese mas gracioso chocaria menos. Resulta pues de esto una monotonía perpetua, una monotonía que se atraviesa hasta en su variedad, una uniformidad que cansa y hace en breve desagradables las figuras de sus personajes, y particularmente las de sus mugeres. Dios, el mayor de los artistas, no ha dado á las mugeres unas mismas facciones ni formas iguales, y debemos agradecersele: porque á ecsistir el placer en alguna cosa, no puede ser sino en la variedad.

Al substraerse de David los partidarios de Rubens encontraron una fuerte oposicion en otra escuela, formada no obstante de individuos que se alababan y aun se alaban hoy de profesar sus doctrinas, aunque es probable que se engañan: yo creo que son mas bien que otra cosa espíritus tímidos é irresolutos, ó vástagos encubiertos del gran árbol clásico plantado por David. Hablo de aquella escuela floreciente en el dia, que reconoce á M. Ingres por señor y maestro; pero aunque éste es un hombre eminente, sus discípulos son imitadores de tercera clase. A la irreflexiva admiracion por Rubens opusieron á Sanzio, á quien juzgaron suficientemente romántico, y le celebraron, elogiaron y copiaron del mismo modo que los primeros habian celebrado, elogiado y copiado al artista aleman. Los unos habian apurado hartas botellas de cerbeza, solo por conformarse mas con Rubens en su aficion; los otros se pusieron la toquilla, llevando la cabellera flotante como la llevaba el divino Rafael. Puede inferirse de esto si su lapicero sería mas escrupuloso, y si despues de haber arrebatado al pintor su sombrero y melena, le dejarían un rasgo, una línea, una forma; su genio padeció igual despojo que su persona. Aun ahora lucen como el cuervo con sus plumas de pavo real, y bajo pretexto de dibujar, se abstienen de colorear: pudiendo decirse que pintan al aire, semejantes á aquel poeta aleman que se acusa de

no haber encontrado medio mejor para inmortalizar á su dama que escribir su nombre en las sinuosidades de una nube. ¡Así gracias á Dios, nada quedará de sus obras!

Preciso es tambien convenir que los mas románticos, y que estaban por la cerbeza y por Rubens, como dignos entusiastas del colorido brillante del maestro, amontonaban rojo sobre rojo, azul sobre azul, despreciaban altamente toda piedad bien contorneada, y componian lo que ellos llamaban color: tal ciertamente que no sabia la pobre vista donde descansar de tan continua barahunda.

Hoy que está ya determinada la lucha, es lícito decir lo risible que fué, aunque confesando que los mas hábiles, en cuanto á la eleccion, fueron los que proclamaron á Rafael. Esto es laudable en ellos y digno de agradecerseles: porque si tienen dos méritos, éste es el principal, el mayor.

La distancia que media entre Rubens y Rafael es tan infinita como la que separa la prosa de la poesia, la materia del pensamiento, la tierra del cielo, pues Rafael y Rubens representan todas estas cosas. Mírense sus vírgenes: las de Rubens pueden haber nacido en Jerusalem; pero indudablemente las de Rafael han bajado del cielo. Las unas son pesadas, flojas, toscas; mas en las otras; ¡qué flor esquisita de belleza! ¡qué pureza tan escogida! ¡qué gracia llena de misterio! ¡qué idealidad! son cada una menos que un ángel, pero mas que una muger. ¿A quién no complace en el Sanzio aquella radiantez tranquila, aquella fuerza sencilla, sin preparacion ni artificio, y aquella gracia que corona siempre su belleza como si fuese el signo mas evidente de su imperio? Cuando ha querido ser romántico, ha compuesto y dramatizado sus asuntos con una superioridad de estro y de sublime desembarazo que en toda su vida pudo igualar Rubens. Véase en el Museo del Louvre el dibujo que hizo sobre la idea de Apeles, de la calumnia arrastrando á la inocencia ante el tribunal de la ignorancia.

Todo esto no quita á Rubens haber sido el maestro de Vandyck, uno de los pintores mas famosos de retratos que hasta ahora se han conoci-

*

do, y en cuyo género se distinguió también Rubens. Entre las mil y cuatrocientas piezas que dejó, los retratos de su mano se dejan conocer por el brillo y encanto del colorido, el primor de los tocados, el lujo de adornos y una felicidad deliciosa hasta en los mas mínimos pormenores. Es digno de admirarse el retrato de sus dos hijos, que hoy está en la galería del príncipe Lichtenstein. Es una obra maestra de pintura, y tanto mas digna de atención, cuanto no está echada á perder por aquellas capas de empastado que usaba Rubens, y que si bien contribuyen al brillo, perjudican á la armonía del todo.

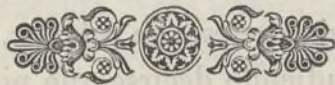
Los príncipes mas distinguidos de Europa le encargaron importantes comisiones, y pocas de sus negociaciones dejaron de tener el mejor resultado, no habiendo sido culpa suya el que la Reina María de Medicis no se reconciliase con su débil hijo. El duque de Buckingham le trató como á su amigo, habiéndose conocido en la corte de Francia, á donde fué varias veces, y la segunda para adornar el Luxemburgo con veinte y cuatro cuadros, que ahora están en la galería del Louvre, concluidos en solos veinte y cuatro meses, aunque con el ayuda de sus discípulos. Fué de ilustre familia, muy caballeroso por carácter, gastador, amigo de gastar tren, y que se complacia en sostener con su carácter y obras el aprecio que le dispensaban la archiduquesa Isabel, Felipe de España y Carlos de Inglaterra. En un viage que emprendió por medio de Alemania estimulaba las artes, como si el mismo no fuese artista, compraba pinturas, se las mandaba hacer á aquellos mismos cuya celebridad que empezaba podia causarle alguna inquietud; pero era su corazón muy noble, y su talento harto superior á la medianía para no serlo también á la envidia. Cuando Vandyck le dejó, le regaló un soberbio caballo andaluz ricamente enjaezado. Rubens le llamaba su hijo: era su rival.

Fué casado dos veces y con mugeres hermosas, como lo prueban los retratos que dejó de ellas; pero de aquella especie de hermosura alemana, nutrida de manteca y leche que no es del gusto de todos. Habiéndose ya dicho cuanto le estimaban los diferentes soberanos de Europa, debe

también saberse como Rubens supo por su parte inspirarles este aprecio.

Cuando pintaba á Felipe III y se encargaba de ofrecimientos de paz para la corte de Inglaterra, el Rey de Portugal que deshonraba el trono con una avaricia digna del último de sus súbditos, le empeñó con cartas muy honoríficas á que fuese á visitarle en su palacio de Villaviciosa en las fronteras de ambos reinos. Rubens salió inmediatamente con su tren acostumbrado y una multitud de gentiles hombres que quisieron presenciar aquella solemne entrevista de dos hombres, príncipes el uno por su cuna y el otro por su genio; pero el real huésped, mas asustado del gasto que podia acarrearle aquella comitiva que lisonjeado de su anhelo, encargó á un gentil hombre saliese al encuentro al pintor para escusarle de su ausencia y entregarle sesenta ducados, indemnización que le rogaba aplicase á los gastos del viage. Rubens recibió al mensajero al frente de su magnífico acompañamiento, rehusó con modesta dignidad la suma que S. M. se dignaba remitirle, y contestó que habia traído mil ducados para su subsistencia y la de sus nobles compañeros. España y Portugal convinieron en que, en aquella ocasión, Pablo Rubens se habia manifestado el verdadero Rey.

Este grande hombre murió de gota en Amberes el 30 de mayo de 1640. No es posible graduar todavía en nuestros dias la influencia de su talento sobre la pintura. Apartó la atención de los artistas, de todas las escuelas italianas: su estilo se generalizó, y pasando realmente á sus manos el cetro de Rafael, quedó en ellas desde entonces. No hay país donde no se le haya copiado y desfigurado. En Francia reinaba aun en el siglo XVIII: pues Vanloo, Boucher y los pintores de aquel tiempo no son sino sombras mas ó menos pálidas de aquella magnífica individualidad. Ahora como nunca es Rubens el artista mas en voga así en Francia como en Inglaterra.



La Constante Cordobesa.

En un libro poco leído *Historias peregrinas y ejemplares, con el oríjen, fundamentos, y escencias de España y ciudades á donde sucedieron; por Don Gonzalo de Céspedes y Meneses, natural de la villa de Madrid.* = Se halla á la página 171, el principio de una *historia*, de la que, para recomendacion del libro, vamos á dar un resumen brevísimo. Sentimos que éste sea un periódico y de estrechos términos, por no poder reimprimirla toda.

Vivia en 1520 en Córdoba, la poblacion de *Europa de mas limpia y apurada nobleza* (segun el autor); D. Diego Fernandez de Córdoba y Montemayor; mancebo, noble, rico: casó este con una ilustre moza, rica y poderosa dama, llamada Doña Aldonza Osorio, y casó con ella por interés y á fin de templar añejas enemistades de familia. Solemnizó este caballero (que no debia parecerse al que rehusó la mano de la noble, rica y bella Mis B.... que se avergonzara si esto leyese) solemnizó pues, sus bodas, segun cuenta la historia, con diversiones y festejos públicos de toda especie. En uno de ellos, que era un torneo que se hacia en la plaza; vino al suelo, por el peso demasiado de espectadores que le ocupaba, uno de aquellos ventanajes ó andamios, que para el efecto provisoriamente se habian armado: de lo que resultó un conjunto miserable, de cuerpos partidos ó golpeados, de miembros desgarrados; de terribles heridas y de tristes jemidos, y quejas de los que las sufrían. Acuden al socorro los caballeros del palenque, arrojando armas, plumas y libreas, entre los que el noble y jeneroso D. Diego, por creerse mas obligado, se distinguió como mas esforzado y diligente. Y despues de haber atendido al remedio de todo daño que descubrieron sus ojos, cansado ya, y al saltar para volver á su casa, uno de aquellos arruinados andamios; y al poner los pies entre sus maderos siente una especie de

blandura: manda quitar á priesa las tablas y maderos, y debajo de ellos halló en medio de un tapiz, camo en él revuelta y amortajada una mujer hermosa y de pocos años, matizado su rostro con reciente sangre, y que por sus adornos y vestiduras le pareció persona de suerte. Toma él mismo en sus brazos el insensible cuerpo; le lleva á su casa: se le entrega á su esposa; y ambos humanos y solícitos ordenan el socorro de la que aun ignoraban si estaba viva ó muerta.

Entretanto averiguase que la herida era hija de nobilísimos padres, y conocidos en la ciudad; pero pobre y retirada doncella que vivia con su viuda madre, de cuya compañía la separaron, á su pesar, unas parientas para llevarla al torneo causa de su presente daño.

Sabido esto por D. Diego, avisa á su madre, que bañada en lágrimas insiste en llevársela á su casa. No lo permite D. Diego, por el riesgo que corria la desmayada moza, y obliga á la madre á que se quede tambien en su casa asistiendo la hija. Vuelve ésta en sí al cabo de dos dias, y despues de algunos mas, desapareciendo de su rostro y cuerpo los cárdenos golpes y agolpada sangre, fué descubriéndose su rara belleza. Aparece ésta, incomparable á los ojos del que por su mal habia traído este incendio á su casa, y por su mal tambien se enamora de ella perdidamente.

Despues de restablecida, vuelvénse la madre y Doña Elvira, que así se llamaba la amada y pobre doncella, á su casa, llevándose consigo la paz y felicidad del que la habia vuelto á la vida.

El infeliz D. Diego visita á Elvira y su madre con frecuencia, y ellas á Doña Aldonza.

Halla D. Diego la casa de la que amaba, llena sí de arneses viejos, de adargas rotas, de lanzas y trofeos que atestiguan bien lo que sus mayores valieron, pero desnudo por otra parte aquel honrado solar de todo lo necesario para vivir aun medianamente. Trata de remediar en secreto el amante esta necesidad, mas la honesta doncella, que ya sospecha el fin que se proponia el rico jeneroso, desecha resuelta sus favores. — Quizá el instinto, la *poesía* de la virtud, digámoslo así, que se infunde en raras almas, la guiaba: para conocer que el primer desvio de la estrecha senda de

la moral y de la rectitud es imperceptible, y mucho mas imperceptibles las sombras y colores al trasluz de los que la amistad, entre dos personas de ambos secos que aun no perdieron del todo la vergüenza, pasa á ser cariño, y del cariño á convertirse en pasión; que *romántica ó clásica* que sea, sujeta el alma con tan duras cadenas, que para romperlas luego son necesarias fuerzas sobrenaturales y portentosas.

A pesar de que sus favores no son admitidos, continúa D. Diego visitando la pobre y honrada casa, en la que cuando no se le negaba la entrada, se le hacian desaires de toda especie. Cae el infeliz en una melancolía profunda: dá cuenta de su pasión á un íntimo amigo suyo llamado Don García: éste le disuade de ella y se la afea, pero viendo que nada adelanta, le facilita el medio de entregar á Elvira un billete en el que, á vueltas de recordarla lea deudora de la vida, la manifiesta que no le arredra con desprecios, y que debe responderle resuelta si le aborrece ó no.

Contesta Elvira á la mensajera del billete, que al otro dia puede el mismo D. Diego ir por la respuesta: y cuando él, cumpliendo este agradable mandato, va creyendo hallarla mas amorosa y tratable, se halla la casa desierta, y en lugar de su dama, aguardándole en ella un escudero viejo, que le entrega un sellado papel.

Decia en él Elvira, «que nunca hubiera creído que por la salvada vida, escijiesen tan desigual recompensa las nobles manos de D. Diego, como la que en el billete de éste se le pedia: que ella no estimaba la vida sin la honra, y que resuelta á conservar ésta, y deseosa de pagar los beneficios de D. Diego, dejaba en aquel mismo instante su tierra, y desamparaba su casa para quitarle la inquietud con su ausencia, y para darle sosiego, en tanto que ella sin él, pobre y miserable peregrina, iba á acabar en manos de la soledad y melancolía, con la funesta beldad que tanto mal la habia hecho.»

Afligido D. Diego con esta triste esquela, y llena su alma de pasión reventó en mujeriles lágrimas; despachó á todas partes hombres en busca de la pobre tan querida, los que habiendo gastado mucho tiempo en averiguar su paradero, no

pudieron dar de él noticia cuando tornaron hácia el que les envió, porque tan misteriosamente desapareció, con su madre y criada que la acompañaban, que como si á todas tres se las hubiera tragado la tierra, no quedó rastro de ellas. — No le sirvió al infeliz D. Diego esa diligencia sino para que el secreto de su amor quedase al alvedrío de los que le habian servido. — Impaciente en su dolor, busca pretextos para con su ignorante esposa, sale de su casa y patria: recorre toda la Andalucía: parte de Castilla y Estremadura: corre la Sierra: no deja sin inquirir toda ciudad, villa, aldea que encuentra: y vuelve al fin á Córdoba sin haber descubierto nada, y sin esfuerzo, sin esperanza! — Cae en peligrosa, profunda, mortal melancolía. En ella hundido, pasa mas de un año de amarga vida, apagándose poco á poco la luz de su razón, y desapareciendo en la oscura lejanía de la imbecilidad dolorosa de la locura!

¿Dónde estaba? ¿qué hacia entonces Elvira? En un fragoso lugarejo, al levante de la sierra vivia asustada y recojida con su madre y una criada.

Vióla en la iglesia de aquel lugar un caballero jóven que habia ido á pasar el verano á aquel sitio; llamábase D. J. de Zúñiga: prendado de ella halla medio (como largamente se cuenta en la historia) de interesarla, de hacerla consentir en concederle su mano, y de hablarse por las noches á presencia de su criada, en el jardín. — Manda Zúñiga á Córdoba, en tanto, por galas y joyas para la deseada esposa.... y por este incidente sabe al fin, el enamorado y afligido D. Diego de la amadísima Elvira. Turbado, trémulo por la nueva y los celos, parte de Córdoba resuelto á no morir como melancólico amante, sino á quitársela por fuerza al que ya la juzgaba por suya. — Llega al lugarejo: cierra la noche: acércase Don Diego á la casa de Elvira, á su umbral, y al volver una esquina, dále en la cara una cinta que pendia de una reja, y apenas su mano tiró de ella; cuando siente abrir la puerta: divisa en el fondo una trémula luz: entra: y á pocos pasos se halla á la presencia de la *desmayada del torneo*: la cual, conociéndole queda inmóvil: da turbada un grito, que despierta de nuevo las sospechas y celos

del infeliz D. Diego; y al querer dar el segundo, entra por la puerta, que por la impensada aparición quedó sin cerrar, el esperado Zúñiga; de cuyo lado se ampara la asustada Elvira, y él por defenderla acomete al embebecido D. Diego, retirándole con su espada hasta la calle, en tanto que Elvira cierra la puerta. Quedan ambos heridos, y moribundo D. Diego. D. Juan de Zúñiga cree haberle muerto: huye en el acto á Portugal, y de allí á lejanas guerras, si bien enamorado de Elvira, piensa buscarla en tiempo mas bonancible.

Alborótase el pueblo: llevan á Córdoba los criados de D. Diego en una litera á su herido amo.

Elvira... la inculpable Elvira, en son de presa, es tambien conducida á Córdoba por *el villano alcalde* (palabras de la historia), con su madre y criada, en respeto á tan gran caballero como D. Diego, aun sin él pedirlo; y para la comprobacion de indicios y averiguacion de las heridas.

Despues de varios incidentes, y contribuyendo á ello el siempre amante y desleal marido, dase por libre á la inocente Elvira: enciérrese esta por tiempo en un convento, á lamentar aflijida el abandono del ausente Zúñiga, y el amor *poteroso como la muerte*, segun la frase de la Escritura, del que ella amar no podia!

Convalece D. Diego, pero enfermo de amor y semejante en su apasionado corazon, al apasionadísimo y puro que amaba á la vieja y desvalida Naomí; *donde estaba Elvira, él estaba: el albergue de Elvira era su albergue: su Dios, el Dios de su amada: la muerte y el sepulcro de ella, su muerte y su sepulcro: y la muerte solo, de ella podia separarle.* — Búscala pues; ronda dia y noche el convento donde se habia recojido: escandaliza las monjas y el pueblo: túrbase la paz de aquellas mujeres penitentes, que ruegan á Elvira deje el monasterio, para que el escándalo cese: recójese la infeliz á su antigua morada, resuelta á morir con varonil ánimo en ella, antes que volver á mas peregrinaciones.

Afligia entonces á Córdoba y aun á toda España, una peste asoladora (que el autor de esta novela no se entretiene en describir como Bocaccio ó Manzoni): insensible, solo D. Diego á la públi-

ca calamidad, no vive mas que para ruar la calle de la que adoraba, para contemplar las respetadas paredes que la encerraban.

— Sobresáltase el amante de ver muchos dias cerradas de continuo las puertas y ventanas de la querida casa: teme que hayan desaparecido segunda vez, las que la habitaban: escálala una noche acompañado de su amigo D. García: va internándose en ella alumbrado por las linternas-sordas que llevaban: á nadie encuentran: pero al penetrar en una pieza, el aire ardiente y contagioso que de ella salia, casi les detiene: mas arrojándose dentro, descubren á la claridad sombría de las linternas, postradas y moribundas en tres revueltos lechos, á Elvira, á su madre y á la muger fiel que las servia.

Sálvalas de la agonía y de la muerte el jeneroso D. Diego, feliz entónces por hacer tanto bien á la que tanto queria; y mas feliz quizá, porque empleaba su cariño en la que tanto valia: en la que resucitada, digámoslo así, dos veces por su mano, no mudó el honrado pensamiento, mas raro y mas grato aun que la hermosura de su cuerpo. El imperioso brazo del interés, la dura tiranía del agradecimiento, disponian el alma de Elvira á sacrificarse en pago de tanto amor y tantos beneficios; pero no á ponerse á merced de torpes y villanos deseos, no á entregarse á la fealdad del vicio, enmascarado con la voz bella de virtud y reconocimiento.

Siguese á la asoladora peste una hambre aun mas asoladora, y Elvira en ella nada padece, porque su madre recibe secretamente socorros del amante D. Diego: sospechalo la hija, mas calla y se desentiende, para mejor permanecer inflexible. — Pero conmovida la madre por tanto beneficio, por tanta muestra de raro cariño; — hace hablar á D. Diego, le promete introducirle ella misma una noche en el cuarto de la inocente Elvira; y le ruega solo que, *como noble y caballero*, tomase por su cuenta el remediarla, y darla estado (1).

(1) Esto no es novelesco: hay madres de este jaez. El que escribe estas líneas ha hallado una sin buscarla:

El súbito contento no mata, puesto que el recibido por D. Diego con esta inesperada nueva no le quitó la vida. — Llega el deseado día: al anochecer va D. Diego á ser introducido en la casa — ¡en el dormitorio de Elvira! Para aguardar este momento va con su amigo á la iglesia parroquia, contigua á la casa de la siempre desdeñosa querida. Paseábase impaciente el ciego caballero, con su amigo D. García, por una de las espaciosas naves, en espera de su ventura, en una de estas vueltas, quédase repentinamente parado D. García, y mirando embelesado al suelo: pregúntale Don Diego la causa: respóndele el espantado amigo, admirándose que no sienta levantarse bajo sus pies las losas y mármoles que cubrían las sepulturas y formaban el pavimento por donde se paseaban: búrlese D. Diego del terror de su compañero: vuelven á sus paseos; mas de repente álzase una de aquellas losas que cubría honda sepultura, y álzase con sordo estruendo de la abierta huesa, una sombra enmantada entre un pardo sayal — la sombra del difunto padre de Elvira, que afea con aterradora voz al infeliz D. Diego la persecucion que hace á su virtuosa hija; el escándalo que causa: la sacrílega profanacion hecha por él, pisando aquellas losas y mármoles, asilo de sus huesos; y le predice siglos eternos de padecimientos, por el tiempo breve y mal gastado de su vida.

Aterrado D. Diego pierde el sentido: los que así le ven le llevan á su casa juzgándole por muerto, y haciendo que preceda y llegue esta nueva á oídos de su esposa Doña Aldonza, que muere á manos de la sorpresa y el susto. Vuelve en sí D. Diego, ignorante aun de la pérdida y daño de su casa, — sabela, y el amor que le domi-

jóvenes son y viven aun los amigos que le acompañaban aquella noche: ellos se acuerdan de lo que respondió, cuando ella dijo *soy su madre*. — La Francesa L. G. escribió á Lord Biron ofreciéndole á su hija por 100 libras esterlinas. La posdata de la carta de la francesa decía — *avec de la délicatesse tout peut s'arranger*. Byron á ruegos de la muchacha respetó su honor, y dió el dinero á la infame madre.

naba, le libra entonces de la muerte. Convalece: busca de nuevo á la invencible Elvira: búscala decidido para ofrecerla su mano, y acompañado de sus parientes, que lo eran todos los mas ilustres y jenerosos de aquella nobilísima ciudad, se presenta en casa de la que quiere..... — hallase á la puerta en vez de soledad y recojimiento, coches, libreas, grandísimo equipaje: acaba de llegar D. Juan de Zuñiga, que viene á ofrecer tambien á Elvira, con su mano todas sus riquezas y todo el favor que alcanzaba con Carlos I. — Entra el arrebatado D. Diego: la arranca de aquel lugar, sin que nadie sea bastante á impedirselo, y diciendo «*llevo á mi esposa*» la cede solo á las súplicas del juez, que deposita la dama en un convento, y dá parte á la corte: resuélvese que la misma Elvira elija uno de los dos que la pretendian. Presentes Zúñiga y el apasionado D. Diego, habla por fin ante el juez la inculpable Elvira, y vuelta á Zúñiga le dice — «Tú en largo olvido ausente, has cuidado mas de tus acrecentamientos, que de mis persecuciones, de mis trabajos, del amor mio: al paso que ese que está á tu lado, sin haber alcanzado de mí las miradas y mansas palabras que tu alcanzaste, me ha salvado tres veces la vida, y ejemplo raro de amor y perseverancia, por mí, aunque sin culpa mia, ha perdido su tranquilidad sus riquezas, su esposa.».....

Baste ya: quedese aquí el extracto que hemos hecho de esa bellísima novela, que dá fin á pocas líneas mas abajo de donde la dejamos y cuyo título es la *Constante Cordobesa*.

Sin duda el novelador que la compuso sabia muy bien, á lo menos prácticamente, por lo que se vé en ella y en sus demas obras; que en toda la historia del hombre no hay un capítulo mas instructivo para el corazon y el entendimiento, que el de los anales de sus extravíos.

Si esta noticia bibliográfica, convida al lector á buscar el orijinal hallará en él, así como en una infinidad de antiguos libros nuestros, que los que los escribian, pensaban solo en su nacion, en las virtudes y en los vicios peculiares de ella: que no estudiaban *mal y de mala manera* lenguas extranjeras, para cargar sus obras y su cabeza con ideas

y palabras extranjeras: que no viajaban para despreciar á su patria, y para hacerla despreciable: si no para llevar por todo el mundo sus banderas y su nombre: y que si esto no ha sido un bien; ha formado á lo menos ese carácter de exclusiva nacionalidad que hasta principios del siglo XVII se echa de ver en muchos de nuestros libros: ese romanticismo tan diverso del actual.

Por lo demas, poco podemos decir del autor de la *Constante Cordobesa*. D. N. Antonio dice de él á la página 554.

Don Gundisalvus de Céspedes et Meneses, *Matritensis; dum historicum seriumque maturabat opus, varia scripsit poeticæ inventionis, nempe.*

Y pone en seguida el catálogo de algunas ediciones de sus obras, que los curiosos pueden allí buscar.

Alvarez Baena en sus *Hijos de Madrid*. 4 volúmenes en 4.º Madrid 1690, hablando de Céspedes, solo añade á lo que dice el laboriosísimo Don N. Antonio que «vivió lo mas de su vida en Zaragoza: que tuvo otro hermano llamado D. Sebastian que tambien fué poeta, y que en la 3.ª edicion del *Español Gerardo* hay versos suyos: que Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* alaba á ambos hermanos.»

Ignoramos si nuestro autor fué descendiente del célebre y hercúleo Capitan Alonso de Céspedes, porque asi no consta en la larga jenealogía de la casa del dicho capitan, que se halla al fin del escrito ó recapitulacion de sus hazañas.



Máscaras.

Para el consabido asunto
Con uno solo sobraba.

Este artículo le escribimos dos que nos hemos impuesto, antes de hacerlo, las siguientes condiciones.

1.ª No traduciremos ni diremos cosas originales; porque no ha de tener la ecstension que el del *Español*, sobre el mismo asunto, ni las repetidas noticias del otro *todo orijinal* del *Diario de avisos*:

2.ª No citaremos ningun dicho *impertinente* ó *perteneciente*, como dice Cervantes; aunque le haya pronunciado la hija de un suizo.

3.ª No nos ocuparemos de si hubo ó no máscaras en el siglo XVI: si se prohibieron en 1523: si se permitieron en 1637: si se vedaron en 1716 ó en 1745: si se las cortaron un poco los vuelos en 1767 &c. &c. &c.

4.ª Diremos lo que se nos ocurra, tirando al patio á Aristóteles y á Longino con todas las *retóricas* y *tratados de estilos*, que se han compuesto hasta ayer, por que para nuestro propósito no hacen al caso.

5.ª No pondremos ni aun las iniciales de nuestros nombres; no sea que, por escribir majaderias, averiguen despues donde vivimos, y nos visiten á las 12 de la noche en nuestro dormitorio, y nos hagan vestir mal y de mala manera.

6.ª No mandaremos este artículo por el Correo, por razones semejantes.

7.ª
Esta última condicion se ha borrado aqui y de la memoria sin saber como.

Los mejores bailes de máscaras en este año, han sido los del teatro de Oriente, cuya sala principal no nos ha parecido tan inmensa ni tan difícil

de llenarse, como se ha dicho: y esto, por dos razones = 1.^a porque *la hemos medido* — 2.^a porque *la hemos visto tan llena* que apenas se podía andar por ella. Por consiguiente nos hemos convenido de que hay público para aquella Sala; y que tratándose de Máscaras, no hay sala bastante para este público.

No nos han gustado los palos semi-salomónicos que sostienen el techo en las estremidades de la sala: mejor era haber puesto unas columnas bien proporcionadas. Hemos hojeado todo el *Vitruvio*, y no hemos hallado en todas sus láminas, cosa que se parezca á esos palos. Tal vez serán pilastras góticas, que tengan vestido de máscara. No nos han gustado las cortas cortinas ó pabellones azules que coronan las puertas. — No nos ha gustado la cera que caía encima de las banquetas, ó sobre nuestros fraques cuando nos sentábamos en ellas. — ¿Para qué estaban abiertas aquellas salas blancas, solitarias, frías, largas, bajas de techo y esteradas de esparto en su color primitivo? Sin duda para que por ellas pasease, pisando esa planta venenosa, algún furioso que encierra en su pecho mas veneno que el de una botica; y para que se lastimasen las rodillas de alguna *infeliz afligida*.

Nos gustó el ver allí viejas madres recelosas, agarrar por detras las ropas de las complacidas hijas, para que éstas no se perdiesen, como el agua sabrosa y pura del arroyo cristalino se pierde entrando en la turbia y fétida alberca.

Nos divertieron por su semblante y trémulos lábios, y por sus mal seguras y vislumbadoras miradas, todos los infelices que sufrían allí los celos duros como el infierno, amargos como la hiel.

Nos gustó ver al último del baile las caras de aquellas mugeres y niñas, palidas, ojerosas, llenas del polvo levantado no por el trabajo del telar y del bastidor: aquellas caras hundidas y deprimidas feamente por la vigilia y el cansancio, lustrosas con la asquerosa *pátina* de la transpiración nocturna. Una sola, una sola vimos libre de estas señales: fresca, pura como las flores: rostro como el de la doña Elvira de Argensola: cara ya de moda en los tiempos felices de la coronación de Carlos IV. Vimos..... pero.....

Lo que no comprendimos es, ¿por qué no había mas poesía en los trajes de los disfrazados y enmascarados? Tiempos atras lo entendían mejor en esta clase de festejos ó en otros semejantes: cada uno sacaba una empresa ó dicho ingenioso que le distinguía: y nos parece que ahora que *tanto se siente* y se jime, no venían mal esos adornos. Para muestra elejiremos los que una vez se vieron en tiempo de D. Juan el II.

Sacó el Rey una red de cárcel, con una letra que decía.

Cualquier prision y dolor
Que se sufra, es justa cosa,
Pues se sufre por amor
De la mayor y mejor
Del mundo y la mas hermosa.

Doña Catalina Manrique, sacó escrito en el pecho:

Nunca mucho costó poco.

Sacó Alvaro de Mendoza, conde de Castro, la mariposilla que se va á quemar á la candela, con una letra que decía:

Desatinado animal,
Vámonos en compañía,
Pues que la pena mortal
De la tu loca porfia
Parece mucho á la mia.

Doña María Manuel, traía escrito:

Esfuerce Dios el sufrir.

Don Gonzalo Chacon sacó por cimera el dios de amor con los ojos tapados, y decía la letra

Si la vieras,
A tí mismo te hirieras.

La Reina de Portugal traía por divisa un remo, con esta letra:

« Por desviar. »

Luis de Montagudo, sacó por empresa la columna que puso Hércules en el cabo del mundo, y bajo:

Si el cabo de hermosura
 Buscara Hércules y os viera,
 Delante vos la pusiera.

El Adelantado de Murcia, Pedro Fajardo, traía en el lado izquierdo encima del corazón, un montón de perlas y una cruz de oro encima, á manera de la que ponen en los caminos donde han muerto algún hombre, y decia la letra:

Aquí yace sepultado
 Un corazón desamado.

Sacó el conde de Tendilla, bordado un baño como el en que se bañaba su amiga, y por letra:

Tu dichoso: yo perdido:
 Remediémonos así,
 Dame tu poco sentido,
 Darte he mis hojos á tí.

No mas ejemplos: bastan esos para mostrar la diferencia de las antiguas fiestas, en cuanto al ingenio, respecto de las modernas. Observe el lector la diversidad notabilísima de las letras que sacaban las damas, comparadas con las de los hombres.

Y afortunadamente en aquellos tiempos, en que no *galopaban* todavía las personas, ni habia en los salones bastoneros armados con sendos palos que reñían con los enmascarados, no se veían, segun es fama, mentecatos vestidos *de moro* con las cortinas de su casa por pantalones y las tohallas por turbantes, vagando por las cuadras muy satisfechos y diciendo, *nadie me conoce*;—y como los disfraces eran mas costosos, los vapores del ambiente eran mas puros y las manos curtidas no desollaban las manos de las damas. Pero de esto habria mucho que decir, y siendo nuestro objeto el referir lo que hemos visto, salgamos del gran salon y discurramos por las demas salas del *Oriente*. Pero antes de entrar en el ambigú á poder de empujones, quisiera hacer una observacion. Hay persona que sacrifica tres y cuatro noches consecutivas su salud, su dinero, y el sueño mas necesario aun al cuerpo que el alimento, por la incertidumbre de si logrará pasar una sola vez al lado de su adorado tormento — al cabo lo consigue — se acer-

ca á ella palpitando de gozo — mírala la espalda — pasa adelante y se hace el despreciador y el calavera — y por último resultado ni la ha mirado el rostro ni sabe, lo que es aun peor, si ella ha reparado en él. Otro va á las máscaras sola con el objeto de hacer piruetas, por si entre *la gente que baila* hay quien le tome por maestro — Otro se divierte en meter cizaña entre casados y en indisponer á los enamorados — Otro en llevar del brazo á una muger á quien no conoce para darse importancia en las apreturas. Y sin embargo todos estos llevan algun fin — no importa que no pongan en contrapeso la molestia para conseguirlo — Pero ¿y los que solo han ido á Oriente por ir de máscara y para que *nadie les conozca*? ¿y los que sudan hasta la cera de sus caretas, por no arriesgarse á mostrar á la claridad sus rostros proscritos de los bailes sin disfraz? ¿y los que se visten de burro y á la antigua española?... Estos son los que *corren un bromazo*: y ese es su único objeto.

En el ambigú saciaban su curiosidad los *embromados*, porque veían la cara á los *embromadores*, saciaban los que golpeaban las mesas su deseo de ser bien servidos, saciaban los reposteros su gana de despachar; y á lo último todo se saciaba menos el apetito, porque ya no habia ambigú. — Y como el empresario no se sació de recibir gente, porque como venia á decir en el aviso del lunes queria que todo Madrid corriese el susodicho bromazo, se determinó á abrir en la última sala comedor una magnífica galería muy desahogada y espaciosa, donde se colocó una larga mesa de figon, encarnada y sólida, muy á propósito.... para llamar al mozo. En los salones adyacentes al principal era donde mas abundaban los moros, los armados, los valencianos, los marineros, y los dominós y capuchones de segunda especie. Pero la concurrencia era inmensa como en todos los salones, en todos los pasillos hasta en todas las escaleras — y el genio que revelaban los disfraces tan estúpido como en todas partes.

Las mesas de ecarté y tresillo, en las salas de juego, no estuvieron seguramente desairadas. — De pronto nos disgustó un poco su retirada posicion, lo bajo de su techo, y la tristeza de sus bujias, que parecían alumbrar alguna cosa mala con su lucir

sinistro como el rastro de la babosa. Por lo demás no faltaban allí bellas tapadas y feas sin tapar, mirando y pescudando con curiosidad pasagera los azares de la suerte, al mismo tiempo que estimulando la curiosidad agena. Y confesamos á los jugadores, que en su pellejo no nos hubiera disgustado divertirnos al amparo de las palpitaciones y exalaciones de las hermosas apoyadas en nuestros respaldos. — Los semblantes de aquellos no ofrecían particularidad alguna; solo se notaba en alguno que otro el deseo de distraerse de una mala aventura. De todos modos nunca falta un mal gesto en una mesa de juego: son tan inseparables uno de otro, como una partida de bochas y un zurdo.

Basta de crítica. En general los bailes de Oriente han sido brillantes — el local admirable, suntuosísimo — la filantrópica empresa habrá hecho *enormes sacrificios*!!!

Pero hemos entrado ya en la cuaresma, tiempo de recogimiento y de expiación: época la mas romántica, como la mas cristiana de todo el año. Son estas siete semanas, por decirlo así, como las siete puertas de la ciudad santa; solemnes, tristes y colosales — son los ojos inexorables y nunca cerrados de cada año. — Y nos consolamos de haber pasado

De alegres salones

Y libres danzares,

á los pórticos y cláustros de los templos, y de las voces de ambigús y órgias á las lamentaciones de los profetas de Jerusalem; porque al menos ya que un proyectado vandalismo nos vá á privar de nuestras mas preciosas realidades, no nos abandonarán las ilusiones para hacer abierta guerra al espíritu rastrero de lo positivo, que comienza ya á infestarnos, y á quien confundan los exorcismos de todos los artistas españoles por los siglos de los siglos....

El salon de Oriente sigue cubierto con sus profanos arreos, para recibir á los *incansables* individuos que concurran á los bailes que se disponen para esta cuaresma (y que pegan como á un Jeremias un vestidito de serrana.)

* * *

— Con asombro hemos leído hace pocos dias el fallo que, de la junta creada para destinar los conventos, ha caído sobre alguno de las cúpulas que mas engalanaban nuestra capital, como son San Felipe el Real, la Merced, los Basilio y otros monumentos de conocido mérito; cuya ruina vá á envolver la prematura decadencia de nuestra arquitectura. A nosotros principalmente nos atañe el levantar el grito contra una medida que juzgamos como el presagio de una devastación general de los únicos restos que la España artística puede presentar á los ojos de la Europa civilizada, en muestra de que no hemos sido siempre bárbaros é incultos. Esperamos de las academias y corporaciones de este centro no contemplarán la ejecución de un orden, cuyo objeto puede ser muy equívoco, sin manifestar siempre el deseo de hacer patentes á los señores de dicha junta los malos informes que en punto á su mérito deben haber recibido — porque no podemos persuadirnos de que esta corporación se haya hecho cargo del de los monumentos que manda demoler, y haya preferido dejar en pié otros, cuya deformidad afea la población, y cuyos solares pueden aprovecharse para el lucro y el ornato.

Tampoco sabemos como se permite á los ciegos de la Puerta del Sol que griten: «*lista de los conventos que van á ser demolidos para dar trabajo á los jornaleros.*»

Epigrama.

Búscame muger hermosa,
En salud y alcurnia buena,
De talento y gracias llena,
Rica, honesta y hacendosa:
Que en todo sepa agradarme,
Que en todo me satisfaga
Y entonces puede que haga
La locura de casarme.

ESTAMPAS.

D. Quijote.

La Constante Cordobesa.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.